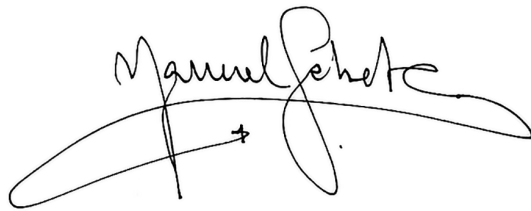


ANTOLOGÍA POÉTICA PERSONAL

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Manuel J. Soto". The signature is fluid and cursive, with a long horizontal stroke at the bottom that loops back under the name.

Lectura y Signo, 17 (2022)

INTRODUCCIÓN A LA POESÍA DE MANUEL GAHETE JURADO

Manuel Gahete Jurado (Fuente Obejuna, Córdoba, 1957) tiene una extensa obra ensayística dentro de la que se incluyen estudios literarios como *La oscuridad luminosa: Góngora, Lorca y Aleixandre* (1998), *Cuatro poetas: Recordando a Dámaso* (2000) o *De Luis de Góngora a la literatura del siglo XXI: un paseo visionario* (2011); ediciones como *Poesía medieval. Antología* (1991); prosa periodística, *Después del paraíso* (1999) y *Córdoba íntima* (2018), y estudios antropológicos, sociológicos e históricos como *Misericordia de Fuente Obejuna: Tradición y actualidad* (1997), *Córdoba en el siglo XX: poder económico y humanismo ético. Comunión y controversia* (2005) y *Las piedras miliarias* (2009). Pero Manuel Gahete se siente poeta por encima de todo, pese a que su amplia y reconocida obra creativa cuente con publicaciones teatrales, *Cristal de mariposas* (1985), *Ángeles de colores* (2006) o *Triste canción de cuna* (2009), y el relato *Fuenteovejuna para todos* (2013):

La poesía lo ha sido casi todo en mi vida. Algunas de mis mejores experiencias vitales se las debo a la poesía; le debo tanto que me siento deudor de su gracia y es tan parte de mí que no entendería otra forma de ser ni de existir.
[...]

Si no hubiera escrito poesía, no sería el hombre que soy; de hecho, muchos de los logros que he obtenido en la vida han sido gracias a la poesía¹.

Los inicios de Manuel Gahete como poeta público se remontan al año 1984 cuando recibió el Premio «Searus» de Poesía por «Ir y volver de ti hacia mí siempre», al que siguió la edición del libro *Nacimiento al amor* (1986), reconocido el año anterior con el Premio Internacional «Ricardo Molina» de Poesía. En ese poemario ya se advierten los rasgos esenciales de su poesía: el asunto amoroso, que estimula juicios acerca de la soledad, el destino, el paso del tiempo, el dolor o la muerte, y el clasicismo o la estética clásica de su formulación y fuentes, que fomentan el uso de un lenguaje muy depurado y la predilección por endecasílabos y alejandrinos: «sin una luz que atarme a la memoria, / sin unos ojos firmes que desguacen mi llanto» («Terrible azar», vv. 3-4).

1 Estas y otras declaraciones parecidas pueden leerse en distintas intervenciones y entrevistas del poeta.

Desde entonces, Manuel Gahete ha publicado alrededor de una veintena de poemarios. La crítica destaca en ellos la independencia y la singularidad del poeta a la hora de aglutinar sus copiosas y variadas lecturas (Góngora, Quevedo, clásicos contemporáneos como Seferis, Cavafis, Montale o Ungaretti) y de medirse con lo más granado de la tradición española última: los autores del 27 (Salinas, Guillén, Aleixandre y Cernuda en particular), los poetas andaluces del grupo Cántico y otros más recientes como Antonio Carvajal. Gahete introduce guiños incluso a la ironía *novísima* y actual al modo de Luis Alberto de Cuenca, al que remite explícitamente en ciertas composiciones y versos: «¿Será que, / por inercia, / releo demasiado a Luis Alberto?» (*El fuego en la ceniza*, «Relecturas», vv. 12-14).

Para aproximarse a la tradición y situar su nombre entre los grandes poetas hodiernos, Manuel Gahete hace del sentimiento amoroso el centro de su poesía con motivos, tonos y registros que entroncan con la sensibilidad actual (el amor aporta sentido, esperanza, vigor y fortaleza al ser humano, le permite vencer el desaliento y da luz a su identidad y existencia) al tiempo que rememora y evoca a sus predecesores desde la Antigüedad grecolatina al reiterar nociones sobre el dolor, la caducidad o la locura de amor, en especial en sus primeros poemarios. Con el paso del tiempo, el poeta se muestra más apasionado y vitalista, y ofrece una visión del amor placentera y plena en libros como *El fuego en la ceniza* (2013), donde se hibridan el fervor místico y humano («Amo tu cuerpo. / Amo la costumbre / de tener a mi lado / y despertarme / con tu imagen amiga en la mirada», «Vida», vv. 10-14).

Para los especialistas en la obra de Manuel Gahete, la perfección técnica que caracteriza su poesía está ligada precisamente a la trascendencia del sentimiento amoroso, que va del amor humano al místico y se sostiene tanto en «la rigurosa arquitectura del soneto» como en el «poema de amplio aliento discursivo y lírico»². De acuerdo con Marina Bianchi, «en la variada selección métrica y rítmica [de *Mitos urbanos* (2007)], que se expresa con un vocabulario selecto y desbordante, no se puede leer otra cosa que la primacía del amor, que lo vence todo e ilumina con su rayo de luz las sombras de la vida»³. En la poesía de Gahete llama la atención, además, un rasgo que quizá no se ha destacado lo suficiente por la confluencia y diversidad de usos métricos y rítmicos: la alternancia de versos de arte mayor, preferentemente endecasílabos y alejandrinos, y menor (heptasílabos, sobre todo) para diferenciar muy acertadamente la reflexión sobre la naturaleza del amor y sus efectos del gozo y la celebración. Por lo general, el verso de arte mayor propicia la densidad meditativa,

2 J. CRIADO COSTA, «La poesía de Manuel Gahete: los signos de la tradición», *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras: Minervae Baeticae*, 43 (2015), p. 75.

3 M. BIANCHI, «Manuel Gahete: La luz, siempre. (Impresiones tras leer *Mitos urbanos*)», *El genio maligno. Revista de humanidades y ciencias sociales*, n.º 8, 2 (2011), pp. 139-140.

que remite a la tradición culta de poetas como Góngora y Quevedo, y el de arte menor incentiva la gracilidad y disfrute, propios de la lírica popular del medievo, y que aportan gran expresividad. Esta ingeniosa combinación de metros y estrofas redonda en otra de las características señaladas en la poesía de Manuel Gahete: su sonoridad, a la que contribuye una cuidadísima selección léxica, que depura y renueva la tradición amorosa por medio del cultismo y de un sugerente y revitalizado culturalismo.

La poesía del poeta cordobés desborda así cualquier movimiento o escuela y se sitúa, como puso de manifiesto Russell P. Sebold, en la órbita del tradicionalismo y de lo clásico o neoclásico por el lugar que ocupa en la poesía española contemporánea, por sus afinidades electivas y por la sutil dicción de sus versos:

[...] El poeta rememora versos de predecesores predilectos que, en diferentes momentos de la historia, se han hallado en la misma situación afectiva que él [...] El lector culto es consciente de esta serie de ecos confirmativos y merced a ellos descubre en la vivencia del poeta actual la secular «autoridad» de la tradición poética. A tal poeta algunos lo llamarán clásico [...] Revestido de la autoridad de sus maestros, el poeta habla por la Poesía. Manuel Gahete es, en este sentido, un poeta neoclásico de máxima autoridad⁴.

Manuel Gahete también merece la consideración de *clásico* por su trayectoria y por el reconocimiento de su obra poética. Los veintinueve poemas seleccionados a continuación, entre los que se incluyen el inédito «Infinito» en forma manuscrita, pertenecen a catorce de sus poemarios y resumen casi treinta años de dedicación a la poesía entre 1986, año en que se publicó el mencionado *Nacimiento al amor*, hasta el 2014, en el que aparecen varios libros de poesía de Gahete, entre ellos *Los reinos solares*, que cierra esta antología personal para la revista *Lectura y signo*. Entremedias, Gahete agavilla, por pares y como si de una especie de dípticos se tratase, poemas de casi todos sus períodos y libros, con la excepción de *Sortilegio de polvo y de gaviotas* (1987), *Ángel pagano* (1990) y de dos que contienen abundantes homenajes a Góngora, *Glosa contemporánea a Góngora* (1992) y *Casida de Trassierra* (1999), que el autor también omite en otras antologías personales.

Los primeros poemarios publicados por Manuel Gahete en los años ochenta, *Nacimiento al amor* (1986), *Los días de la lluvia* (1987), *Sortilegio de polvo y de gaviotas* (1987) y *Capítulo del fuego* (1989), consagran su tendencia clásica y un tanto barroquizante frente a otras más prosaicas y generacionales adscritas en aquel momento a la poética o *poéticas* — por su pluralidad y el número de autores que la cultivaron y cultivan — de la experiencia. En esos primeros poemarios, la centralidad del amor es capital para entender las voluntades y contradicciones humanas: el ansia, el anhelo o la vida y

4 R. P. SEBOLD, «Prólogo», en *Emoción y ritmo: La visión poética de Manuel Gahete*, José Cenizo Jiménez, Biblioteca Ensayo, 15, Delegación de Cultura de la Diputación Provincial, Córdoba, 2007, p. 11.

la muerte. Los versos combinan la musicalidad y ligereza del arte menor con el peso o el poso del endecasílabo en composiciones como «Y puestos a volver» de *Los días de la lluvia*, donde se da, además, una ingeniosa aliteración de sonidos sibilantes y nasales: «la cicatriz ahora sabe a beso [...] Si has de volver, / entrégate sin treguas. / No hables, loco amor, / no importa nada. / Si has de volver, / ¡será maravilloso! / Si has de volver, / aquí tienes mi cuerpo», vv. 9, 22-30). La cadencia del endecasílabo deja en *Capítulo del fuego* formulaciones tan rotundas y brillantes como «mordida va la sangre de los héroes» («*Tempus fugit*», v. 17) o «Me arranco el corazón ya sembrado» («Confesión final», v. 26); en esos versos y en otros del estilo se evidencian igualmente los ecos clásicos y la inclinación al conceptismo áureo o al hallazgo expresivo de la poesía de Gahete.

En *Alba de lava* (1990), el amor se proyecta hacia la adolescencia, el recuerdo, la angustia y la caducidad humana, lo que enfatiza la sensación o vivencia intensa del amor como fuego o «lava», algo que subraya el mismo título de la obra y que refuerza la querencia barroca del poeta en el léxico y la dicción:

Como si de repente el alma solo fuera
un pájaro de sílex, una piedra en el aire,
y el corazón sin dunas, de su alcor desprendido,
buscara sus aviesos luzbeles en la noche.
Como si de repente las égidas del agua
fueran devoradores jaguares de silencios
y frágilmente hendieran con sus uñas hialinas
el pecho para abrirse camino hacia las sombras.
[...]
Me apremió la locura, las eringes de arena,
tus besos en mis besos, tarántulas de nafta.
Y me fui derrumbando sobre tu vientre leso
sin tregua ni fatiga,
desesperadamente.
(«Como si de repente el alma solo fuera», vv. 1-8, 23-27)

Tras el fuego y la luminosa alborada, llega el sosiego, el reposo, la cadencia larga del alejandrino y la meditación sobre la ausencia de *Íntimo cuerpo sin luz* (1990): «Sabed que este libamen del amor / me ha colmado / los labios con aljófár y miel en abundancia. / Tuve toda la lluvia, como un río, en mis manos» («Ved que me hirió la sangre con un bello legado», vv. 3-6). «Ella», el otro poema antologado de *Íntimo cuerpo sin luz*, experimenta con el encabalgamiento, que aporta una impetuosidad inusual a los endecasílabos de la primera estrofa, ya de por sí ágiles por la recurrencia de la sinalefa: «Tronzad la grama o yerba que ha tocado / el tallo de su pie y oiréis a oraje. / Porque ella es aire y agua en que respira / la densidad y el culmen de mi fuerza.» («Ella», vv. 3-6). El final sentencioso del poema cierra una composición en la que los endecasílabos agrupados en dos estrofas de diez versos evocan el molde de la décima,

una estructura muy inhabitual en los poetas recientes: «No la dejéis llorar. Sabed que sangra / el corazón del mundo cuando llora» (vv. 19-20).

Como sucede en los autores con un itinerario unitario y bien definido por el lirismo, la emoción y la pureza formal, el *mezzo del caminn* de la vida supone un hito que en el caso de Gahete coincidió con los augurios del fin del milenio y con la publicación de *La región encendida* (2000), donde los resabios metafísicos y existenciales se exacerbaban. Los dos poemas del libro recogidos en la antología que sigue a estas palabras, «La azul palabra de los días» y «Amor más poderoso que la vida», ilustran a la perfección el vivaz tono moral y religioso de la obra, que bebe de la mística, de Góngora, del mejor Quevedo e incluso del devenir temporal machadiano:

Lentamente las horas devoran el susurro
del río envuelto en bruma;
acallan las orquestas aladas de los árboles,
el eco de las voces, el chasquido del rayo,
las campanas abiertas como zinnias de plata.
(«La palabra de los días», vv. 17-21)

Y [ella] me mira y percibe la oscuridad que arrastro desde antiguo
con el vacío de Dios en la mirada.
Hemos reconocido en este eterno cielo de mirar y mirarnos
que ni la vida puede abatir con sus garfios amor tan poderoso.
(«Amor más poderoso que la vida», vv. 20-23)

El aliento poético de Manuel Gahete en torno a la naturaleza amorosa y humana persiste en *Elegía plural* (2001), *Mapa físico* (2002), *Mitos urbanos* (2007) y *El fuego en la ceniza* (2013), aunque los títulos de los libros ya avanzan una actitud más cercana al aquí y al ahora (*hic et nunc*). En su interior, los versos muestran un novedoso desenfado dentro de la trayectoria del autor y una espontaneidad cercana al sarcasmo de las poéticas de la experiencia y de la otra sentimentalidad, así como otros elementos afines a ellas: el monólogo dramático, el componente íntimo y la anécdota confesional a fin de lograr la complicidad del lector. Los poemas seleccionados para *Lectura y signo* marcan abruptamente, además, el *anisosilabismo* sin perder un ápice el rigor léxico ni el sentido del ritmo:

He salido a la calle,
una tarde cualquiera,
vestido de payaso, bufón, juglar, idiota,
a ver si encuentro a alguien que, por besos o risas,
sin que le cueste mucho,
quiera prestarme el alma.
(*Elegía plural*, «Ruleta», vv. 25-30)

Me llamaste infeliz,
poeta loco
sin futuro ni gloria,
malhadado,
carne del mundanal cuerpo del mundo.

Hoy acudes a mí, besas mis manos,
abierto el corazón dulce la lengua.
(*El legado de arcilla*, «Juegos de azar», vv. 11-17)

Me sigue fascinando que me beses
por sorpresa,
al azar,
como si nada,
sin esperar más ansia de la vida
que licuarte en la sed de mi aspereza.

Y es que me gusta todo lo que aprendo
desde que me miré con tu mirada.
(*El fuego en la ceniza*, «Relecturas», vv. 15-22)

Los poemas de *Motivos personales* (2014) y *La tierra prometida* (2014) son una síntesis de todas las tendencias señaladas, puesto que gran parte de ellos retoman la impronta de sus primeros libros: la del sentir y el pensar, y la de la emoción y la reflexión amorosa de raíz clásica, con una retórica menos barroquizante si acaso. La densidad conceptual es igual o superior a aquellos, pero el lenguaje prístino y el predominio del estilo suelto facilitan la intelección:

Solo la paz alivia al hombre herido
sin posible sosiego en la memoria.
Solo la paz,
solo el amor nos salva en la agónica luz del universo.
(*Motivos personales*, «*De aeternitate*», vv. 30-33)

Poco sabe de amor el que nos ama
si, al rozarnos la piel, exige heridas;
si, después de besarnos, nos ignora.
(*La tierra prometida*, «Vestigio del humo», vv. 14-16)

Los dos últimos poemas seleccionados, incluidos en *Los reinos solares* (2014), apuntan una vena arquitectónica y ética que conecta con la actualidad. Gahete entiende que el pasado ha de interpelar al presente tal como preconizó Marc Bloch en *Apologie pour l'Histoire ou Métier d'historien* y que los conflictos no se plantean en términos remotos sino contemporáneos con el fin de que la historia se convierta, parafraseando a Cicerón, en «maestra de la vida». Para ello, el poeta cordobés encabeza un significativo soneto alejandrino, «El cáliz de los muertos», con el siguiente texto de la Comisión de expertos de la ONU: «Hay indicios evidentes de que han sido perpetrados actos de genocidio contra el grupo tutsi por parte de elementos hutus, de

manera concertada, planificada, sistemática y metódica». En el 2014, Manuel Gahete publicó otro poemario, *Códice andalusí*, que se excluye de esta antología, pero que al igual que los referidos *Sortilegio de polvo y gaviotas* (1987), *Ángel pagano* (1990), *Glosa contemporánea a Góngora* (1992) y *Casida de Trassierra* (1999) debe ser reivindicado dentro del reconocido, dilatado y aún en curso, itinerario poético del poeta.

Repárese, por último, en algo que se destaca de modo velado en esta introducción: la extraordinaria habilidad de Gahete a la hora de titular sus libros de poesía, *Los días de la lluvia*, *Capítulo del fuego*, *Alba de lava*, *El legado de arcilla*, *El fuego en la ceniza...*, rótulos que por su elegancia formal y sugerencia invitan a la lectura y prueban, por sí solos, que estamos ante uno de los poetas más palpitantes del panorama literario español de nuestros días.

JUAN MATAS CABALLERO

De *NACIMIENTO AL AMOR* (1986)

Terrible azar

No sé soñar, no sé.
Me siento a veces pequeño y apocado,
sin una luz que atarme a la memoria,
sin unos ojos firmes que desguacen mi llanto.
Lo reconozco, sí, sufro de besos
que nunca han entendido mi tristeza,
que, aleteando pájaros de olvido,
desgarran el enojo de mis mil y una muertes.

No sé vivir, no sé
y las cenizas, con vocación de ser a lo infinito,
como dedos de arena me arrebuja.
Gritar grité y en ese ronco aullido
desempolvé un cadáver trasegado en mi pecho.
Pueril manzana rota entre los labios,
extremado coraje saeculorum,
tendido siempre al sol desconocido.

No sé, no sé
que visto frente a frente
mi espejo me escupía como una sombra
de verme tan desnudo y no morirme.

Nadie es

Y yo habré muerto entonces y será primavera.

Ricardo Molina

Tú lo sabes, Manuel, sabes el nombre
de tu tierra nesgada en el olvido
duro cadarzo roto entre los dientes,
atarazana terne del olivo.

Será el año más largo de la noche.
La muerte, cruenta pica de enemigo,
acezará tu sangre con su buida
garra voraz de beso escarnecido.
El barro, perro loco, escupe plata
sobre un deseo de carne reprimido
y hasta el aliento cruje por el ansia
de la flagrante lengua de un cuchillo.

Tú lo sabes, Manuel, tu inerte cuerpo
escanciará el musgo verdecido
y te florecerán rosas del vientre
porque habrás muerto nata como un niño.
Y es que tú eres tan tierra como el polvo
y tan sueño de lluvia como el vino.
Cuando hayas muerto, entonces, solo entonces
y sea primavera en el camino.

De *LOS DÍAS DE LA LLUVIA* (1987)

Credo

Quiero decir

es frío este mar tan ausente
y díscolo y nocente el sol del horizonte.

Quiero decir

tus labios, la última palabra,
las quedas golondrinas de un invierno de muerte.

Quiero decir

yo sufro, suscribo mi tristeza,
este agujón de sangre, fulgor del tiempo amado.

Quiero decir

yo tiemblo y llevo un hombre en vilo
y he de gritar más alto para que cunda el miedo.

Quiero decir

la daga que atraviesa mi vida,
esta espita de gases que estraga mis pulmones.

Quiero decir

me templas, reclinada en mi espalda,
y ases así los goznes de un espíritu torvo.

Quiero decir

ignoro y callo, hasta me olvido
del rencor y del agua amarga de mis versos.

Quiero decir

ahora tu nombre, pronunciarlo
como vocal espuma, lumen, lava, ventalle.

Quiero decir

existe la mística del barro,
el óxido en el oro, esos gozos falaces.

Quiero decir
anuncio corazones y espadas,
sosegadas palomas por la muerte transidas.

Quiero decir
reviente el mar de cobre y surja
del cieno de los peces una boca que clame.

Quiero decir
acepto las márgenes y el plomo,
aunque sé que es mentira, por parecerme al hombre.

Quiero decir
expías las penas de mis labios
y de mi sangre dragas el livor y el azufre.

Quiero decir
no entiendo el vino desangrado
ni la carne convulsa ni el cuchillo en la sombra.

Quiero decir
yo amo, se me quiebran las alas.
Yo amo y os lo digo y que Dios me perdone.

Y puestos a volver

¡qué nos importa!,
qué nos importa el alacrán del miedo,
qué el arpegio en las alas del olvido,
qué ese hayedo de ayer en que expiramos.

Si has de volver,
¡qué nos importa todo!,
qué importa que mi piel sea como un surco:
la cicatriz ahora sabe a beso.

Si has de volver,
si vienes del naufragio
con el adiós al mar definitivo
y sartas de corales sobre el pecho,
¡ven!,
no quiero saber la noche oscura
ni qué perdón titila
ni qué labios.

Si has de volver,
no pienses en mis ojos
quemados de amargor.
¡Qué importa el tiempo!

Si has de volver,
entregate sin treguas.
No hables,
loco amor,
no importa nada.

Si has de volver,
¡será maravilloso!

Si has de volver,
aquí tienes mi cuerpo.

De *CAPÍTULO DEL FUEGO* (1989)

Tempus fugit

Todo arde en el fuego:
mis huellas en la arena,
los cálices de oro y plomo derramados.
No hay espuela sin hombre.
En el lago del fuego vibra como una espada
un deseo acezante de carne y de madera.

Todo arde en el fuego:
esa voz rescatada que de las simas fluye,
lengua agraz devorada, quizá devoradora.
No hay temor que no espante.
No hay amor que no duela.

Todo arde en el fuego:
la diáspora de sangre,
el maná del amor pisoteado,
el eco que pronuncia mi nombre en los calveros.

Todo arde en el fuego.
Mordida va la sangre de los héroes.
Mordido un corazón letal estalla.

Todo fluye en ardiscas de símbolos amados.
No seremos mañana más que olvido.

Confesión final

Sí, tiemblo, sí. No miento más. Renazco.
Cabalgo bronces, brújulas, acentos.
Vibro en el seno dulce de mi amada.
Me desconozco. Esparzo mi semilla.

Sí tiemblo, sí. Me malvendí. Pretendo
reconquistar la albura. Los colores.
La mística en la cimbría del silencio.
Las vocálicas ansias de mi boca.
El pájaro de sangre por mi vientre.
Mis alas que ya buscan
un ardido retorno en que ocultarse:
latebra entre tus manos que amanecen
sobre el tálamo dócil
cuando acude la luz a tu cintura
y sacude en el vértigo
una espiga de plata
la oropéndola.

Sí, me estremezco. Tiemblo. Me complazco.
Abro mi corazón a la simiente.
No juzgo mi pasado. Voy de paso.
Voy con el prisma urgente del deseo,
con mis dedos de fuego a los rincones.
Hurgo en los arrabales.
Urge una paz que alivie las heridas.
Vislumbro la esperanza en un otero álgido de espumas.

Me arranco el corazón ya semillado.
Yo soy el que persigue los corales.
El que busca tu piel. El malherido.
El que clama en las plazas por si el viento retumba,
por si el hombre se olvida
de nacerse otra vez y no se arroba.

Yo soy el que mahiere cada fibra de fe por donde vagas.
Quien aprieta los labios contra el muro tensado de tu pecho.
El que desnudo implora una caricia
y tañe la dulzaina de nuestro amor cumplido.

Tiemblo porque he de ser en luz y sombra.
Tiemblo ante ti y tiemblo ante los hombres.
Tiemblo ante Dios y tiemblo ante la muerte.

De *ALBA DE LAVA* (1990)

Como si de repente el alma solo fuera
un pájaro de sílex, una piedra en el aire,
y el corazón sin dunas, de su alcor desprendido,
buscara sus aviesos luzbeles en la noche.
Como si de repente las égidas del agua
fueran devoradores jaguares de silencios
y frágilmente hendieran con sus uñas hialinas
el pecho para abrirse camino hacia las sombras.
Como si de repente la luz que iluminaba
mis ojos se durmiera,
me descubrí. Era solo:
solo ante los espejos y los sueños de cáncer,
solo para la vida lamida de nostalgia.

Y así, virginalmente, con mis débiles manos,
he salido a la calle
desnudo, sin estrella.
Me he lavado los ojos
y he prendido en mi pelo
un sartal de ajaracas con nepentes y zinnias.

He sorbido la vida a lluvias, a pedazos,
en un río sin fondo. Revisé mi costumbre:
esta dulce y demente vocación de mendigo.
Me apremió la locura, las eringes de arena,
tus besos en mis besos, tarántulas de nafta.
Y me fui derrumbando sobre tu vientre leso
sin tregua ni fatiga,
desesperadamente.

Como ella fue y volvió tú nunca vuelves.
V. Aleixandre

Ya se advierte el silencio de tentáculos rojos

adentrarse en tu sangre.
Sobre el mar anohecen sirenas
y se engarzan
en éxtasis
penumbras y fulgor semovientes.
La tarde se disuelve como un sueño de escamas,
en un olor a orobias,
sobre un alud de sargas, de gaviotas y tierra.

He regresado solo, en pie, desde mi infancia,
a través de la espuma, las conchas, el cansancio.
En el rojo granizo del sol embravecido
fulguraron mis ojos
en ascuas,
en hogueras.
Salado el aire esparce tu cuerpo por mi cuerpo:
dos urentes palomas que se abrazan sangrantes.

Es lívida la aurora con su piel de agujones,
con su agraz dentellada de alacranes y espínulas;
ciego el astro que agita los dedos
de la noche
como un soez arcángel de flamígeras alas.

Te desnudas el cuerpo de lunas
por la arena.
El mar abre sus fauces de mandrágora tóxica
por mostrarte
en su ocaso de lumen y ceniza
el dulce verticilo de su lengua gastada.

He vuelto a desearte esencial y sin horas,
fulgúrea,
extenuada entre ruinas elíseas.
He vuelto. Reconoce que no hay hombre más puro
en el beso,
 en el agua,
 en el tacto de amarte.

La Antilla -Huelva-, 1989

De *ÍNTIMO CUERPO SIN LUZ* (1990)

Salve a ti la salvaje del paraíso abisal.

Salve a ti la Santa del yermo de las islas.

Odiseas Elitis

Ved que me hirió la sangre con un bello legado

y exultado proclamo la cántiga del vino.

Sabed que este libamen del amor

me ha colmado

los labios con aljófara y miel en abundancia.

Tuve toda la lluvia

como un río

en mis manos.

¡Cuántas alas poblaron mis ingles de heredades!

¡Cuántas veces vibraron, arco indócil, tus himnos!

Tú reduces a polvo mi cólera y escapas:

águila que persigue los frutos y las horas

en un lento estiaje de solsticios y eclipses.

Devuélveme la fruta feraz del paraíso

que gusté entre tus dientes

sin acíbar alguno;

aquella que, sin causa, me había sido prohibida.

Sangro sobre los cauces abiertos en mis ojos.

Sangro en el cáliz agrio que vertiste en mis venas.

Olvida la promesa del amor incumplido.

Es tiempo de sabernos de nuevo como siempre.

Sabed que hubo un tiempo

de dulcémele y júbilos;

un tiempo en que tuvimos la lluvia entre los labios

y bebimos sus aguas para besarnos solo.

Ella

No profanéis su voz, tan nueva y fresca,
tan fuente de mi voz, tan tierra mía.
Tronzad la grama o yerba que ha tocado
el tallo de su pie y oiréis a oraje.
Porque ella es aire y agua en que respira
la densidad y el culmen de mi fuerza.
Ella es madera y flor, es toda sueño
y toda leche y mar. Su ser es vida.
Y es ala. Y es clamor. Sin ella nada
tiene sentido ya. Basta su vientre.

Vedla dormida aquí. Traed la llama
y acercad a sus labios vuestra pena.
Ella es la luz y el alba palidece
en tándem con el sol cuando me mira.
Es nardo y azafrán, caña y canela,
áloe e incienso es. Hermana y novia.
Y es tan niña en edad que hasta los pájaros
beben la plenitud del tiempo en ella.
No la dejéis llorar. Sabed que sangra
el corazón del mundo cuando llora.

De *LA REGIÓN ENCENDIDA* (2000)

La azul palabra de los días

Realmente nunca sabes cuándo llega la noche.
Te acecha en las esquinas de tu casa en penumbras,
se sube por tus sienes,
aviva en la memoria recuerdos inasibles,
se desgarran en arcanos y símbolos fatales.

Nunca sabes realmente cuál es la fecha, nunca
cuál la herida del sueño o el beso de la muerte,
porque nunca has tenido suficientes palabras
ni saber suficiente
ni suficiente vida.

Detrás de las cenizas del amor se acrecientan
unos ojos oscuros dulces como el destierro,
unas manos de gasa con sus dedos de luto.

Tal vez has deseado que tu cuerpo no muera,
prevaler en la sombra mientras todo se abisma,
sentirte como un fénix sobre el mar de la noche.

Lentamente las horas devoran el susurro
del río envuelto en bruma;
acallan las orquestas aladas de los árboles,
el eco de las voces, el chasquido del rayo,
las campanas abiertas como zinnias de plata.

Lentamente la noche,
deshecha en la pavesa de un dios Bran de la aurora,
asume la impotencia de su rabia finita.

Acaso no percibes
que las ondas del agua se pierden en tus ojos
y el mar también se acaba;
que tu sombra es más larga que tu propia figura
y tu sombra no es nada: humo, polvo, silencio
quedan sobre los dioses que llamamos humanos.

Todo lo borra el agua cuando lame la arena.

¡Cómo puedes burlarte de la edad si amaneces
y naciendo ya muere un poco de ti mismo!

No hay nada que detenga la lujuria del tiempo.

Hay días en que mis versos son tristes y azarosos
y buscan como manos acariciar tu espalda.
Solo tu voz alivia:
del azul estás hecha.

Juntamente contigo
olvido la jornada fatal que no resiste
análisis ni leyes.

En ti, por ti pervivo, anclado a la marea
donde quieras llevarme,
porque solo a tu lado,
asido a tu cintura, a tu pecho, a tu vientre,
he soñado en un cielo donde el tiempo no existe.

Amor más poderoso que la vida

Ella camina en sombras, ciega a la luz, y ríe.
Su corazón entonces es una oscura piedra
que un racimo de lluvias bruñe bajo su carne.
Ella conoce el mar y la palabra
aunque jamás pronuncia su humedad y su ruido.
Cuando los ríos crecen y la angustia proclama
su condición de géiser,
me ilumina,
me avisa del guijarro que se cierne en mis ojos,
me alerta de los surcos donde el miedo nos hiera.

Un hombre está mirando,
abierto en el dolor pequeño
y hondo
de vivir, a quien llega,
con sus ansias azules, a vendimiarle el alma.

Un hombre está mirando a una mujer que toca
con sus manos la lumbre.
Ella ríe y no cesa de beber en la sal que deja el beso
con un río de plata por la sangre.
Y me mira y percibe la oscuridad que arrastro desde antiguo
con el vacío de Dios en la mirada.
Hemos reconocido en este eterno cielo de mirar y mirarnos
que ni la vida puede abatir con sus garfios amor tan poderoso.

De ELEGÍA PLURAL (2001)

Ruleta

He salido a la calle
tendiendo una sonrisa
con un río de savia brotándome en los labios,
y ha rodado su chispa de cristal
y su agua
borbollando en el seco ejido de la acera.

He salido a la calle
y mis manos ardientes
han prendido su lumbre sobre unos ojos claros,
brasa viva en el hambre
del hombre que me niega
un brasero o un labio donde encender el fuego.

He salido a la calle con el viento solano
como un álamo libre acreciendo en el aire:
mástil,
el pensamiento
donde el cuerpo se arriesga
y contra todo orden sueña su mundo aparte.

He salido a la calle.
En la piel aún se agita
¡pobre niño indefenso!
el severo coraje de beberme la vida.
Si hurga Dios todavía en la orilla del pecho
aquella flor marchita grana como un tesoro.

He salido a la calle,
una tarde cualquiera,
vestido de payaso, bufón, juglar, idiota,
a ver si encuentro a alguien que, por besos o risas,
sin que le cueste mucho,
quiera prestarme el alma.

Canto del desposeído

Ajeno a la palabra que te nombra o te busca,
al sordo pensamiento,
a la sombra del hombre.
Después de haber probado las delicias más dulces
y el dolor de saberte ceniza en lo gozado.

Ajeno a quien me habla
y me escucha
y me mide
por mis gestos y manos, mi palabra o mi acento.
Ajeno a toda historia,
incluso a la que sabe
de mis íntimos lances de amor, pasión y olvido.

Ajeno a quien me obliga a ser de otra manera
cumpliendo el deber sacro de conocerme entero.
Ajeno porque nada del mundo te posee.
Ni eres dueño de nada.
Ni nadie te hace sombra.
Ni para nadie eres la luz en el camino.

Ajeno a las caricias del dolor, del oscuro
consejo que la vida nos augura o nos dicta,
ausente,
¡solo!
Solo,
como un héroe esperando
el laurel en las sienes o el acero en la carne.

Ajeno a las mentiras de las voces profanas,
a la dulce lisonja
¡oh, cántaro de nieve!,
al tañido de harpas,
al silbo de serpientes
en las cuevas profundas de la piel y la rabia.

Ajeno siempre ajeno,
como soñaste un día,
desvistiéndote el alma, la palabra, los besos;
caminando desnudo,
a la vista de todos,
carne fértil del alba, vino y pan de la luna.

Ajeno, siempre ajeno,
sin padres y sin hijos,
sin temor a la lluvia de la mujer amada.
Ajeno a la materia de la pena y del gozo;
y en esta paz
sereno
y *fieramente humano*.

De *MAPA FÍSICO* (2002)

A traición

Si un día se nos apaga
sobre el amigo roto un sol de moras
y la lluvia despierta en nuestros ojos
resplandores agraces de tristeza,
sueños quebrados, briznas en los dedos...
¿sabremos regresar a nuestro origen
con la misma luz nidia
del corazón alfándose en los montes,
anunciando el abismo
mortal del tiempo, el oro
dormido en los vencejos,
fe, taxidermia, flor de escarcha, cimbria,
árbol de bruma, luz de invierno y hambre?

¿O quizás el dolor nos hunda en barro
y consuma la risa derretida
como amarilla ceniza de silencio?

¿Será negra la luz?
¿Besará el miedo las olas de la sangre?

La muerte es una roca de durísimo acento
atraída al olvido virgen de una mirada,
y te araña, garduña, con sus garras de sombra
al primer desaliento
que se enhebra en tus labios.
¿Por qué contigo, amigo, grato amigo del alma,
posesión infinita,
el nombre que alimento,
vana luz que te aleja cuanto más te aproxima?

Tu silencio no es dulce,
prieto
como la piedra
derramada en el ápex de una granada roja,
una soga de sirgo,
tal vez la que me prende
y te ata y mahiere tantas huellas de plata.

¡Qué más da si la muerte se enreda sin aviso
entre las alas líquidas de un caballo de alambre!
¡Si crece como araña amorosa de espuma
inflamada en los ojos y el corazón y el vientre!
¡Qué más da si en el alba ya no cantan los pájaros
o el amor es leyenda de los cuerpos y el gozo!
¿Dónde estás -me pregunto-, dónde?, que nada queda
sino un vacío de rabia en que medra la noche.

Tu muerte me reaviva contra todo presagio,
sospecha, paradoja, premisa, conjetura,
y me advierte colándose,
fiel y aciago enemigo,
en la piel y en la sangre, esas febles fronteras.

Y en lugar de quedarme ahído a la intemperie
por el agrio alimento de la sal y las lágrimas
me lanzo a la aventura de beberme la vida,
a embriagarme en el brindis ya seco de tu ausencia,
para que me contemple la muerte,
enamorado,
y me halle pleno y vivo
con tu dolor adentro.

Aprendiz de sabiduría

Sabes que el nacimiento duele más que la muerte.
Que nos consume el légame de las necesidades.
Que el amor es un orden para dioses con suerte.

Sabes que desfallece en la distancia
la amistad si el amigo
deja tu corazón sobre las brasas.

Sabes que las palabras son flores en el viento:
si nadie las pronuncia, se marchitan.

Sabes que nuestras vidas son luces de un momento,
hojas en un paisaje.
Que nadie vive ajeno al día del fracaso
ni una noche de gloria es más digno equipaje.

Sabes que ser valiente te vacía
del amor y el dolor, de cuanto quieres
y cada sorbo amargo de la vida.

Todo llega hasta ti. Todo se evade.
Mas queda una verdad: cuanto más vivas
más cerca te sabrás del ignorante.

De *EL LEGADO DE ARCILLA* (2004)

Oficio de escribir

Escribo ser como si escribo nada,
con la sangre apretada por un puño
creciendo sobre el hueco de la carne.

Escribo amor como si escribo lluvia
para saberme vivo y que tú existes
en el húmedo adiós del horizonte.

Escribo paz como si escribo llanto,
sé que la sed del labio no contiene
tanto dolor del hombre a la deriva.

Escribo Dios como si escribo muerte
para saberme aquí, que no estoy solo,
que funde el mar mi voz en lo infinito.

Juegos de azar

Pides audiencia.
Gimes.
Hueles a naftalina y a ginebra.
Mascas mi desamor. Raes los besos.
Bebo angustia de sal sobre tus labios.

Hay poco que decir.
Cuando te fuiste,
dejaste hachas de luz.
Bajo mi vientre, un hueco de cristal.
¿Ya no te acuerdas?

Me llamaste infeliz,
poeta loco
sin futuro ni gloria,
malhadado,
carne del mundanal cuerpo del mundo.

Hoy acudes a mí, besas mis manos,
abierto el corazón dulce la lengua.

Crees que es posible,
¡dios!,
secar la herida,
el reguero de odio,
el vino agrio,
el volcán limonado de las sábanas.

Lo siento, amor.
El tiempo te devuelve
todo el desprecio aquel que no enjugaste.

De *MITOS URBANOS* (2007)

El vértigo y la luz

Renaces poderosa
bajo la flor venial de un sol de invierno.
Crecen puntas de niebla en los tejados
y herbece el corazón,
árbol herido,
como el grano pequeño en que se agita
la infinitud de un palmo de la tierra.

Somos seres iguales que se abisman
en abstrusas quimeras,
ríos que se desbordan desbocados
sobre otra piel hermana,
vestigios agostados en el lastre del tiempo.

Y nada es como antes.
Perdimos la inocencia,
la quemazón urgente de la vida,
el clamor aguerrido de la paz y el deseo.

Ya nada es como antes.
No es justo ni inocente
el dolor. La tristeza
no es más que un signo amargo
de esta caduca condición humana,
ese fácil recurso
cuando todo a los pies se nos desploma.

Oscura soledad,
ya hemos llegado
a este ciego dolor
donde me hallas,
donde te hallo
mientras se desprende
una brizna de ardor inexpugnable.

Soledad,
ya me cercas,
desgajada la noche,
convocando la muerte a tu ciclo siniestro,
a la vida imponiendo tu abrasiva certeza.

Solo tú reconoces la imagen de lo oscuro,
ese aceite proteico que nos unge
con su ígnea frialdad y níveo fuego.

Cuando vengas de nuevo a reclamarme,
de la nada o el todo que me has dado,
una brizna de luz,
me hallarás vivo,
difundiendo en mi voz un himno nuevo,
compartiendo la paz y la palabra.

Poética

Detenidos,
apenas
un leve gesto sobre el pie desnudo,
una caricia leve,
un leve aliento,
quebradas las rodillas,
el seno,
la mirada,
toda la fe,
la vida,
el color de los mares,
la lluvia,
el verde de los campos fríos,
el hondón de las grietas,
los fémures,
la risa,
el oloroso nombre de los labios,
la sal,
la lengua,
la mirada turbia,
el racimo de salvia,
la saliva,
el fragor de los restos de alquimia de la muerte.

Nada como la lucha abierta de los cuerpos.
Nada es más dulce,
nada que tu boca
y ese vago dominio del amor en la entrega.

El amor que ennoblece a aquel que ama
y embellece al amado.

De *EL FUEGO EN LA CENIZA* (2013)

Relecturas

Advierto últimamente
que todo me da igual,
que el tiempo pasa
como un cisco de luz,
como una sombra.

Que envejecí de prisa y el cabello
no es más que una secuela sedicente
de quien, alguna vez, hasta fue joven.

Que miro con audacia,
con descaro,
la carne con su mundo y su demonio.

¿Será que,
por inercia,
releo demasiado a Luis Alberto?

Me sigue fascinando que me beses
por sorpresa,
al azar,
como si nada,
sin esperar más ansia de la vida
que licuarte en la sed de mi aspereza.

Y es que me gusta todo lo que aprendo
desde que me miré con tu mirada.

Vida

La medida del amor es amar sin medida
San Agustín

Amo en silencio el ruido
y la estampida de los ríos alados
que se yerguen
en el alto cenit del horizonte.

Amo tu sed
y vivo cada instante
para gozar el súbito contacto
de tu piel en los besos
encendiéndose.

Amo tu cuerpo.
Amo la costumbre
de tenerte a mi lado
y despertarme
con tu imagen amiga en la mirada.

Amo tu ser
y amo que me ames
cuando el dolor irrumpe
como un potro
por los ríos de fuego de la sangre.

Amo la vida,
sí,
amo la vida
como la muerte ama
cada germen
de desazón, resuello y arrebató.

Amo la vida.
Tanto amor me vence,
me consume,
me enerva,
dilapida
el silencio, la sed, tu cuerpo, todo.

Amo la vida en ti,
luz de la sombra,
saliva en la sequía,
flor de la escarcha,
como se ama a un niño perseguido
por el abuso, el hambre y la violencia.

De *MOTIVOS PERSONALES* (2014)

Ex nihilo, nihil

Como el papel que cruje sobre el fuego
nos hostiga la nada.
La nada del amigo
que derrocha en los labios treinta besos de plata.
La nada en la belleza
que, agotado el instante, su quimera devana.
La nada en la palabra
que devora sedienta la sed de la palabra
La nada del amor
que, anochecido, se ateza en la favila de su llama.
La nada de la vida,
¿qué es la vida sino el solo destino de la nada?

De aeternitate

A lo lejos, la bruma
fantasmal y quimérica
como un sordo dios mítico
condenado a fundirse con la tierra y el aire.
Y el dolor, a lo lejos,
roto sobre la roca
sin más luz que el destierro,
sin más fe que el deshielo de los enamorados.
¡Qué poder innombrable
nos impide acercarnos al cenit de las cumbres!
¡Qué bosque de torgas ralentiza la marcha
a través del oscuro poder de la ceniza!

¿Y quién vibra en el fuego,
en el vuelo abrasivo
de las blancas gaviotas
esparciendo un aroma de dolor y saudade?

Un corcel irredento
hiende la densa pátina con sus rudas espuelas,
cruje sobre los hombres que desprecian la vida,
surca el mar devanado
donde yace la noche
y se abisma el desastre
y la gracia fenece.
Más allá del silencio
palpita el corazón. El mar se agita,
blande su acero gris contra la niebla,
ruge como un volcán
y lanza al viento
su inequívoco azar, su sed sedada.

Solo la paz alivia al hombre herido
sin posible sosiego en la memoria.
Solo la paz,
solo el amor nos salva en la agónica luz del universo.

De *LA TIERRA PROMETIDA* (2014)

Vestigio del humo

¿Y qué haremos, amigo,
cuando la luz que amábamos se apague?
¿Qué, cuando el crudo invierno nos convierta
en huesos calcinados, en nevada?
¿Qué, si la noche ciega como un muro
un pedazo de sol bajo una estrella?

Náufrago el hombre, piedra en el aljibe,
arrojada al azar, blanca en la espuma,
yergue su altura astral.
¡Qué dios ausente,
qué habitante en la paz nunca pactada!
No valen los discursos si en las bocas
arde el lúpulo rojo de la sangre.

Poco sabe de amor el que nos ama
si, al rozarnos la piel, exige heridas;
si, después de besarnos, nos ignora.

Ciudad de destino

El hombre cruza el pedernal del bosque,
la senda de la nada,
el caos del miedo,
el magma de lo oscuro,
con su paso levísimo.
Como quien besa el corazón del agua
sin marchitar apenas su materia
líquida, palpitante.

Escribe su destino
en el rumor latiente de las hojas
donde la lengua del amor restalla
y el dolor débilmente
con el temblor de un pájaro germina.
Lenguajes que estremecen,
con su roce,
la carne.

El hombre se desviste,
contempla su hermosura,
la música interior,
la llaga abierta,
esclavo indócil de los sueños rotos.

Poesía,
luz eterna,
ya somos como eres,
tristes hasta el delirio y bienaventurados.

De *LOS REINOS SOLARES* (2014)

El cáliz de los muertos

Hay indicios evidentes de que han sido perpetrados actos de genocidio contra el grupo tutsi por parte de elementos hutus, de manera concertada, planificada, sistemática y metódica.

Comisión de expertos de la ONU

¿Cómo escribir los versos que nunca se han escrito
y pronunciar los nombres que no se han pronunciado?
¿Cómo besar los besos que no han sido besados
y dar vida a los cuerpos que nunca han existido?

¿Por qué sendas caminas si no encuentras caminos?
¿Cómo encender los ojos que no se han alumbrado?
¿Quién abrirá la puerta que nunca se ha cerrado
y librerá el silencio contenido en un grito?

No puedo imaginarme pagando por el modo
de morir, presenciando un loco desafuero
que nos culpa al sabernos poseedores del gozo.

¡Será que respirando tan inhumano aliento,
tanto tósigo amargo, tan podrecido polvo
nunca será posible que nazca el hombre nuevo!

Sinagoga

¡Asimismo vuélvete, oh Dios, y apresúrate a reconstruir Jerusalén!
Inscripción fundacional.

Como tu nombre, amada, dulce nombre,
el nombre de los dioses
era de oscuro fuego y negra carne,
texto de ley oculto en la geniza,
en el palor oscuro de los templos,
salpicado en los frescos, desgajado
por las gualdas genistas del otoño.

Todos los ríos beben en las aguas
de mis labios transidos de dolencias
que se abisman al roce de tus labios.
No olvido que un día obtuve
de las horas tuitivas,
el vientre más granado,
los rojos vespérales,
la mirra y el incienso,
la flor de los placeres.

Jerusalén, tu nombre,
dulce voz de la amada
que acaricia los libros del hejal mientras sueña,
mientras late, en la noche, la luz igual que el oro,
y en la curva sagrada de sus brazos nos funde.

Ishap Moheb, recuerda
qué fue de aquellos labios más sabrosos que el vino,
más sedantes que el bálsamo.
Ya no son más que sombras,
hierven sobre el granizo,
durazno entre la nieve.

Caen los muros rotos cuando agudos clarines
y trompetas elevan su fe dolida al viento.

¿Qué queda del legado de los dioses
en el hondo cristal de la masada
bajo el roto esplendor de las estrellas?
¿Dónde yace la llama,
dónde avienta la llaga del deseo?

Ven, amada, despierta,
pastorea los lirios.
Velando el santuario fragante de tu boca,
centinela en la roca seré mientras tú duermas.

Infinito

Muerte antes recobrada
que por siempre perdida.

Muerte adosada a la vida
y por la vida cobrada.

Muerte sujeta a la herida
y por la herida ganada.

Muerte siempre envenenada
y por el amor vencida.

¡ Ah, si la noche no fuera
oscura cárcel del día
y la pasión no estuviera
condenada a la agonía,
qué fuego tendrís frontera
y qué mas nos frenaría !

Manuel Gálvez